

Responso para Jorge Dotti

SEBASTIÁN ABAD

(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL - ARGENTINA)

El aporte de un gran ser humano a los demás, a quienes están cerca de él o lo frecuentan, suele ser gran cosa. En el caso de un filósofo, este aporte se extiende, en virtud de las enseñanzas orales o escritas, más allá del círculo de los discípulos. Desde su muerte, la fama de Dotti se incrementó exponencialmente y seguirá haciéndolo. Las leyendas, todas ellas verdaderas, sobre su personalidad, humor y oficio filosófico formarán parte, más temprano que tarde, del trabajo sobre el mito. Aulas, seminarios, coloquios y otras yerbas serán bautizados con su nombre. La muerte es insoportable y los seres humanos nos arreglamos como podemos para transitarla. Mientras seguimos lidiando con esa muerte, podría ser bueno que nos preguntemos –a quienes nos interesa la filosofía política– qué nos deja Dotti y qué hacemos con eso que nos deja. Esto presupone desde luego que no vamos a ocuparnos indefinidamente de bautizar instalaciones *in nomine magistri* sino que vamos a retomar –a quienes nos interesa la filosofía política– su enseñanza para hacerla legado o herencia.

Jorge Dotti era, a todas luces, poco amigo de lo *trendy* en sus diversos sentidos. Incluso olfateaba algo malo en que un pensamiento estuviera de moda. Aun el del mismísimo Schmitt. Si bien era unánimemente querido, Dotti era temido por su *office* de censor riguroso en el plano de la erudición. Pero tal reverencia –bien fundada– seguramente se enraizaba menos en un *stock* fijo de saber acumulado en años de esfuerzos que en la *inventio*, en la héuresis presencial de su pensamiento, que luego decantaba en extensos artículos, libros o ensayos que publicaba en *Deus Mortalis*, su refugio para el exceso. La imponencia de Dotti (y el correlativo temor que generaba, cual pasión esclarecida, en colegas y estudiantes) producía un beneficio tan enorme como difícil de cuantificar: el freno a la imbecilidad filosófica.

“Imbécil” significa, si nos remitimos a la etimología corriente, *privado de bastón*, y se refiere a la incapacidad que una persona



El olvidado Schopenhauer, quien sí, en efecto, despreciaba a las masas, construyó un concepto de genio que condensa y radicaliza el romanticismo alemán: la capacidad de conocer independientemente del principio de razón suficiente

tiene de valerse por sí misma. La aspereza y violencia engañosas con que el término resuena en el español rio-platense se acerca en verdad, según lo anterior, a cierta banalidad mansa, a una *mediocritas* que no es áurea. Lo interesante de esta idea reside en iluminar no tanto lo que nos lleva a necesitar bastón, sino más bien la relación que establecemos con los bastones que *siempre necesitamos*. La imbecilidad de que hablamos sería entonces la negativa a valerse de un bastón cuando en verdad todos sabemos que es absolutamente necesario hacerlo; al mismo tiempo, sostener esa negativa sería pretender que cada uno cuenta ya con todo lo necesario para hacer lo que tiene que hacer y puede autocrearse.

Llevada al límite, esta idea desemboca en la soberanización o autopoetización del pensamiento individual. He aquí lo que importa a la filosofía o a cierta filosofía. La soberanización del individuo (hoy en día, en la sociedad del entretenimiento, podríamos incluso hablar de una soberanización de partes del cuerpo) conduce al reino de la opinión, entendida como el pensamiento cuya legitimidad reside en haber sido pronunciado por un soberano cualquiera. La opinión es un derecho formalista que hace secundario al contenido y esencial a la ocurrencia. Opinar no significa trabajar ni responder, sino emitir. Y la emisión sin respaldo genera inflación.

Frente a esta sombría conclusión podría reprochársele a quien la traza una visión elitista que se hallaría a la búsqueda de un genio para despreciar mejor a las masas. Las masas son imbéciles, pero los genios no. ¿Los genios no? El olvidado Schopenhauer, quien sí, en efecto, despreciaba a las masas, construyó un concepto de genio que condensa y radicaliza el romanticismo alemán: la capacidad de conocer independientemente del principio de razón suficiente. Este concepto conduce trágicamente a la escisión entre la prudencia y el acceso a la idea, la conservación de sí y la grandeza, la normalidad y la *Abnormität*. El genio se parece más bien a Lev Nikoláievich Myshkin que a un reposado pensador.

La imbecilidad que detenía (y cada vez menos detendrá) Dotti es la de una sociedad y, por ende, la de una discusión filosófica en la que todos somos Myshkin. Si Dotti podía hacerlo es porque *no era un genio à la Myshkin*, ni un miembro del club *fiat iustitia* y menos aun un pensador crítico trabajado por las diversas formas de universalismo anti-absolutista que Koselleck supo describir en su libro sobre la crítica y la crisis, y hoy en día se reeditan sin pudor (y sin pagar derechos de autor). Por eso el gran profesor se hallaba también lejos del buen sentido que impera en nuestros días, y que se particulariza como objeción buenista al Estado o al Poder, o bien como una forma de autonomía que no puede explicar su origen y no sabe (o no puede confesar) para quién trabaja. Lo contrario de esta genialidad es, desde un punto de vista subjetivo, el estudio y la frecuentación de los grandes pensadores. Algo así como la cruzada hobbesiana contra el “espíritu privado” y la inspiración, que convierte a todo cristiano en profeta y a todo ciudadano en legislador extraordinario. En sentido objetivo, en cambio, lo contrario del genio-Myshkin, es el Estado.

La fuerza viviente que residía en Jorge Dotti ya no puede detener banalidades, pero al trasladarse a la obra, se convierte en herencia a ser leída. Esta herencia, tal como la veo, se centra –diría un schmittiano–, no tanto en la política, sino en lo político, donde confluyen el Estado, el orden, lo universal con el punto de desquicio que no cabe amar, pero tampoco negar u omitir. Ese punto de desquicio, que Hamlet elevó a mundo, dice para los modernos la verdad de la convivencia de distinta manera y en distintas épocas. En este sentido, el legado de Dotti no es la filosofía política como disciplina genérica definida vaya uno a saber cómo, sino el problema de los fundamentos y la estructura de la institucionalidad política moderna, que no puede sino pensar en el horizonte de la crisis desatada para siempre por la ciencia natural, la Reforma y la identidad yoica.

Dotti estaba de acuerdo con Schmitt en que el genio individual o societal cifra su existencia en el Estado, entendido como ordenamiento espacial concreto fundado y protegido por la intervención soberana extraordinaria. He aquí el eje de su contienda con la filosofía contemporánea posfundacionalista, posmoderna o populista, que mantenía con humor y amargura. Dotti hostigaba a los nietzscheanos por su interpretacionismo y les objetaba que sin la noción



El pensamiento político, en la medida en que es contemporáneo, no puede pensar meramente a partir de valores, sustancias o bienes, pero tampoco a partir de estabilizaciones normalizadas como el consenso, lo “social”

de “causa” la pendiente hacia el ocasionalismo romántico parecía irresistible. A los rancierianos les espetaba: “muy interesante la distinción entre política y policía, pero ¿quién tiene el poder legislativo? ¿Quién decide sobre la excepción?”. En los seminarios sobre Strauss se permitía un hobbesianismo duro, que mancillaba el Spinoza de los deleuzianos, algo similar a lo que sucedía en los seminarios sobre Benjamin, donde –en confrontación con la angelología– se ponía en entredicho el mesianismo sin Mesías de los derrideanos, y todo mesianismo en general. A esta secuencia pertenece desde luego un extenso y medular artículo publicado en *Deus mortalis*, cuya sustancia se deja ver también en diversas intervenciones

posteriores, donde Dotti polemiza con Laclau y sus discípulos (“posmopopulistas” y “revolucionaristas”), a quienes les objeta el carácter inflacionario de la emisión de signo sin respaldo que entraña la “política hegemónica”. Este mismo argumento llegó a rozar la coyuntura política, cuando, en un escrito reciente, incluido en la reedición del libro *Las vetas del texto*, el revolucionarismo llegó a cruzarse con el rostro menos interesante del kirchnerismo.

Estas objeciones no agotan ni mucho menos lo que Dotti tenía para decir y hoy tenemos para escuchar. No pretendemos, además, escuchar para refugiarnos ante lo sombrío de la época (con lo cual se desmiente menos la sombra que el refugio), sino para continuar ese camino, ya generosamente desbrozado y urbanizado, si cabe la expresión. Si esa continuación o prolongación es posible o fructífera se verá *in praxi* y con el tiempo. Pero del punto de partida, del comienzo que Dotti plantea, podemos hacernos una idea, aunque sea borrosa. Quisiera hacer en lo que sigue una lista de afirmaciones que podrían ser tomadas de modo categórico, pero encomiendo al lector que atribuya lo tajante a lo lacónico, y esto último a la falta de espacio. Comienzo, pues.

El pensamiento político no puede ser sólo pensamiento crítico. Si la modernidad decimonónica postuló una metafísica de la libertad, mas no del arbitrio, que presupone una enorme estructuración

institucional de la convivencia, y el siglo XX arrasó con una enorme cantidad de supuestos y conceptos que sostenían esa estructuración, eso no significa que nuestra época deba contentarse con los “fragmentos de espantosa necesidad” y renuncie a designar o crear una metafísica donde se identifique la *res dura* que un orden político contemporáneo defiende.

El pensamiento no-crítico (pluscuamcrítico) que el pensamiento político (estatalista) *es o debe ser* no puede, en razón de lo anterior, desreponsabilizarse de la idea de “orden político”. La designación de una *res dura* o la construcción de una metafísica política no puede ser sólo destrucción, sino postulación y posición conceptual. El momento positivo del pensamiento del orden no puede coincidir con una mera objeción a lo instituido ni evitar la especificación de las formas de obediencia y lealtad política que lo hacen perdurable.

El pensamiento político, en la medida en que es contemporáneo, no puede pensar meramente *a partir de* valores, sustancias o bienes, pero tampoco a partir de estabilizaciones normalizadas como el consenso, lo “social”, etc. ya que, en todo caso, es el orden político el que hace en general posibles todas las instancias señaladas a partir de un cierre territorial, jurídico y hermenéutico. Si bien tal cierre soberano, para ser efectivo y concreto, no ha de sofocar la vitalidad política que pretende ordenar, tampoco puede renunciar a conducir y formar según criterios públicos a la población o al pueblo.

El pensamiento político, testigo de crisis bélicas, políticas y económicas, no puede obviar, al pensar el ordenamiento político contemporáneo, anticipar los efectos de las crisis conocidas e imaginar los de las desconocidas a fin de especificar, en la medida de lo posible y lo necesario, las instancias o los sujetos autorizados a lidiar con la crisis, pero también, en la medida de lo posible y lo necesario, el margen de discrecionalidad con que han de contar para enfrentar la anomalía, lo desquiciante, lo que pone en peligro el orden político.

Si el pensamiento político no quiere pensar un orden y protegerlo, ¿qué quiere? El pensamiento político estatalista propone una idea de orden sin pretender suprimir o ignorar, sino más bien elaborar –casi en sentido freudiano–, la contingencia en



función de la idea inscripta en el orden. De este modo interpretaría el “*Pflicht zum Staat*” que Schmitt postula en su texto sobre la ética estatal. En la época del pluralismo, la estatalidad no es algo obvio, sino un trabajo. La lealtad al Estado, como configuración institucional que expresa la unidad del pueblo, es problemática. Pero es problemática porque también lo es el Estado, entendido como ordenador de la normalidad que interviene de modo extra-ordinario (aunque jurídicamente) para defenderse de la disolución o la revolución. Lo político (tal como Dotti lee a Schmitt) es entonces un momento de neutralización soberana, no la electrificación de los particularismos de la sociedad civil.

Desde luego soy yo quien atribuye estas ideas a la persona, amable y jovial, pero severa y estricta, que oficiaba de freno a la imbecilidad (filosófica), y que se nos ha muerto. Su obra, esperemos, nos proteja del buenismo, un falso amigo de la vida y un enemigo declarado del pensamiento. La filosofía debe guardarse de la pretensión de ser edificante. Gracias, Jorge. Hasta siempre.